

# ALEPH

Número 25  
2012



Jornada del sábado 20 de marzo de 2010 organizada por ALEPH  
con el apoyo de FWO y de KU Leuven Kulak

## **Barquisimeto global. La narrativa migrante de Juan Carlos Méndez Guédez**

Marco Kunz  
Université de Lausanne

Mientras que en otros países europeos se ha desarrollado una rica e interesante literatura escrita por inmigrantes de primera o (más frecuentemente) segunda generación que hablan de la experiencia migratoria, en España el tema de la inmigración ha sido tratado hasta ahora principalmente por autores españoles. Son pocas las excepciones, y en general han tenido escasa resonancia, como *El diablo de Yudis*<sup>1</sup> del marroquí Ahmed Daoudi, o, en gallego, *Calella sen saída*<sup>2</sup> del camerunés Víctor Omgba. Destacan por su calidad los casos aislados del escritor ecuatoguineano Donato Ndongo-Bidyogo, quien dedicó al éxodo africano su última novela *El metro*,<sup>3</sup> y de la joven marroquí catalana Najat El Hachmi, que en 2008 ganó el prestigioso Premi Ramon Llull con *L'últim patriarca*,<sup>4</sup> sobre el conflicto generacional en una familia de inmigrantes magrebíes. Esta casi inexistencia de una literatura migrante española no se debe a la falta de escritores inmigrados ni al desconocimiento de la lengua. Al contrario, hay cada vez más autores hispanoamericanos que residen en España; sin embargo, esto no suele reflejarse en sus obras.

Nacido en Barquisimeto, Venezuela, en 1967, Juan Carlos Méndez Guédez vive en España desde 1996 y ha escrito la mayor parte de su obra literaria en el país de adopción. Cuenta historias que se mueven sin cesar de una orilla del Atlántico a la otra, demorándose a menudo a medio camino, en las Islas Canarias. La migración en ambas direcciones, sobre todo de venezolanos a España, pero también de españoles y otros europeos a Venezuela, es un tema importante en todas sus novelas y en algunos de sus cuentos. Méndez Guédez cumple, pues, con todos los requisitos para ser calificado de escritor migrante.

---

<sup>1</sup> Ahmed Daoudi, *El diablo de Yudis*, Madrid, Vosa, 1994.

<sup>2</sup> Víctor Omgba, *Calella sen saída*, Vigo, Galaxia, 2001.

<sup>3</sup> Donato Ndongo-Bidyogo, *El metro*, Barcelona, El Cobre, 2007.

<sup>4</sup> Najat El Hachmi, *L'últim patriarca*, Barcelona, Planeta, 2008.

En sus primeras novelas, la emigración canaria a Venezuela se trata de manera oblicua a través de las relaciones de los protagonistas con hijas de emigrantes que han vuelto a la tierra de origen de sus padres: éste es el caso de la mujer del narrador de *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo* (1997), un hombre que soporta mal la inactividad y la dependencia a que lo condena su condición de marido de una venezolana de nacionalidad española, y también de Esther en *El libro de Esther* (1999), el gran amor juvenil que el protagonista busca reencontrar en medio del carnaval canario. En *Árbol de luna* (2000), Méndez Guédez satiriza tanto la historia política reciente de Venezuela gobernada por militares sinvergüenzas como la picaresca de la emigración a través de las aventuras de dos exiliados venezolanos en España, la espectacular amante de un político y su amigo astuto, un hombre versado en todo tipo de negocios turbios. En *Una tarde con campanas* (2004), las dificultades cotidianas de una familia de inmigrantes venezolanos en Madrid se cuentan desde la perspectiva de un niño. Su última novela, *Tal vez la lluvia* (2009), plantea de un modo original el problema de los matrimonios de conveniencia, contraídos para conseguir el permiso de residencia: el narrador autodiegético, un venezolano de descendencia española, se ve asediado, durante una visita a Venezuela, por un viejo amigo que le ruega que se case con él, pues el matrimonio gay es la única posibilidad que ve para vivir legalmente en España, y eso a pesar de que los dos son heterosexuales.

Entre los cuentos de tema migratorio, destacan "La bicicleta de Bruno",<sup>5</sup> que enfoca la inmigración italiana en Venezuela con los ojos de un niño indeciso entre el impulso de seguir maltratando al extranjero Bruno y la atracción que ejerce sobre él Gianna, la hermana de su víctima, y "El último que se vaya",<sup>6</sup> que desarrolla, en una sátira hiperbólica, la idea de que "todos, todos se van", como decía Rosalía de Castro: el narrador cuenta el éxodo sucesivo de todos sus amigos, parientes, vecinos y demás compatriotas, hasta quedar él solo como último habitante del país; en el párrafo final, se sube al avión y mira desde el cielo el desierto que deja atrás:

---

<sup>5</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, "La bicicleta de Bruno", en *Tan nítido en el recuerdo*, Madrid, Lengua de Trapo, 2001, pp. 11-22.

<sup>6</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, "El último que se vaya", en *La ciudad de arena*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura Ayuntamiento de Cádiz, 2000, pp. 85-90.

Y el graffiti en el piso, terminando de joderme: «El último que se vaya, que apague la luz», y cómo saber dónde estaba el suiche, dónde apretar, dónde cortar el sol inútil derramado sobre las piedras.<sup>7</sup>

Es una parábola sobre un país cuya naturaleza ofrece todas las condiciones para una vida feliz, pero que la política ha arruinado hasta tal extremo que nadie quiere quedarse allí.

Sin caer en el fácil biografismo, creo que es lícito señalar cómo en las novelas de Méndez Guédez se repite el mismo modelo de existencia bipolar, dividida entre dos ciudades primero, entre dos países más tarde, que marca también la vida del autor, su niñez y juventud entre su Barquisimeto natal y Caracas donde vivía con su madre, por un lado, y su etapa adulta entre Venezuela y varios sitios en España (Tenerife y Madrid), por otro. En una entrevista, el autor destacó la importancia de vivir en y entre dos lugares:

Yo creo que mi enfermedad fue esa sensación de desarraigo, esa soledad, y ese sentimiento de no encajar en la ciudad a la que habíamos debido mudarnos. Mi universo natural, pensaba yo, se encontraba en Barquisimeto, el lugar donde transcurrían mis vacaciones rodeado de familia, protegido por infinidad de tías, primas, amigos. Entonces es posible que la lectura haya logrado hacerme subsistir en medio de esa sensación de extrañeza. Una sensación que logré superar en la adolescencia cuando finalmente tuve la posibilidad de regresar a Lara y descubrí que Caracas ya era una parte muy honda de mi ser, era un sitio lleno de amistades, de lugares propios, de complicidades. Fue así cómo me encontré con la necesidad de pertenecer a distintos ámbitos, de ser un poco de cada sitio, de multiplicarme en el arraigo a lugares diferentes, y por eso recuerdo que me manejaba con soltura hablando con acento «guaro» o acento caraqueño según la situación lo requiriese, y de la misma manera mis inquietudes, mis gustos, parecían transformarse en uno u otro lugar. Era como si dentro de mí vivieran dos personas.<sup>8</sup>

Las consecuencias que Méndez Guédez ha deducido de la vivencia bipartita son la superación, aunque no la supresión de los lazos que lo ligan al lugar de origen, y la relatividad de todo sentimiento de pertenencia a una cultura determinada, sin por eso dejar de ser venezolano, pero empezando a ser cosmopolita: “ser un poco de cada sitio”, dominar varios acentos locales, ser de todo el mundo en

---

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 90.

<sup>8</sup> Respuesta a Aisha Parra, de la Universidad Pedagógica Libertador de Caracas, citada en la página web del autor: <http://www.mendezguédez.com/cuestionario2002.htm> (cons. 15-XII-2009).

Barquisimeto y llevar Barquisimeto al resto del mundo. En Caracas vivió en el ambiente pluralista que se refleja en su narrativa, rodeado de

montones de hijos de inmigrantes portugueses, italianos, españoles, colombianos, ecuatorianos (siempre tuve una acentuada debilidad por las hijas de estos extranjeros, y terminé casándome con una de ellas). Nunca viví la exclusión, ni recuerdo haber excluido a nadie en razón de su apariencia física, sus gustos personales, o su lugar de residencia. La gama de mestizajes era infinita, y eso se vivía con absoluta normalidad.<sup>9</sup>

En gran parte de sus textos, esta bipolaridad de la existencia y las tensiones que produce repercuten en un movimiento narrativo que podría definirse como migrante, pues relata, con un permanente vaivén entre dos lugares y tiempos, una alternancia entre escenas ambientadas en España y otras que ocurrieron en Venezuela en una época anterior, pero que son evocadas desde la emigración o el exilio. Méndez Guédez no cuenta nunca las etapas del éxodo por orden cronológico, sino que la narración gira en torno a momentos determinados, en círculos que parten de España y dan una vuelta más o menos larga por América. En algunos textos (p.ej. *Tal vez la lluvia*) predominan los episodios venezolanos, en otros hay un equilibrio entre ambas orillas del Atlántico. El lugar abandonado sigue presente en la conciencia de los personajes, como si se tratara de una extensión de su vivencia actual, y sin que la fuerza que motiva el recuerdo sea realmente la nostalgia o el deseo de regresar. Barquisimeto no es el paraíso perdido, Madrid o Tenerife no son la tierra prometida.

Al hablar de la vida de venezolanos en el extranjero, Méndez Guédez usa muchos motivos típicos del relato de migración, pero sustituye el *pathos* habitual por el cuestionamiento de la fuerza de las raíces e ironiza acerca de los síntomas del proceso de transculturación. Las razones para irse de Venezuela son muy serias —p. ej. la persecución política, la violencia cotidiana, el desempleo crónico— y sus personajes sufren todo tipo de contratiempos en España, pero los migrantes de Méndez Guédez no son seres traumatizados y desarraigados a causa de la emigración, sino más bien personajes que de una situación difícil han pasado a otra situación también precaria, aunque por otras razones, y que intentan

---

<sup>9</sup> *Ibíd.*

arreglárselas con ese pragmatismo que caracteriza a muchos emigrantes. Lo que les ha pasado es menos un descentramiento violento que una dislocación, pues su vida ya había perdido el centro antes de salir de Venezuela, su desequilibrio es anterior a la partida. Sus conflictos irresueltos y sus insatisfacciones privadas les acompañan a donde vayan. Del deterioro de su sociedad de origen han pasado al destierro en una sociedad ajena, aunque semejante en muchos rasgos: la lengua es la misma, pero suficientemente diferente para que su acento los distinga de los españoles, y éstos les resultan familiares porque les recuerdan a los emigrantes españoles que fueron sus vecinos en América. Su extranjería es visible y audible, pero no marca una diferencia tan radical como lo haría en un país no hispanohablante. Aunque en general no excluyan la posibilidad de volver a Venezuela cuando la situación política y económica haya mejorado, su actitud ante el país abandonado es muy ambigua, y el desencanto del reencuentro, p. ej. en visitas vacacionales, no resulta muy sorprendente, pues vuelven a Venezuela con pocas ilusiones y llenos de dudas. El narrador de *Tal vez la lluvia* no encuentra un país que se ha quedado paralizado durante su ausencia como si se tratara del palacio de la Bella Durmiente:

Los que abandonamos nuestras ciudades, nuestros lugares, tenemos esa misma fantasía. Pensamos que de algún modo el universo que dejamos atrás se queda congelado, y que al volver lo retomaremos en el punto exacto donde se encontraba cuando nos marchamos.

A lo mejor yo pensaba que mi abuela sería capaz de detener los días para mí, que en ella, las señales que yo había dejado permanecerían intactas. Pero este regreso me mostraba que quizás los sitios nos guardan rencor, que sólo nos esperan para lanzarnos de golpe todo el olvido, el abandono, el desgaste, los tiempos de ausencia.<sup>10</sup>

Si el protagonista de *Retrato de Abel* decide regresar a Venezuela, es más por el fracaso de su matrimonio que por la fuerza de las raíces que lo atan a "ese país que no sé si extraño y que definitivamente no entiendo",<sup>11</sup> y también por no haber logrado autorrealizarse en las Islas Canarias, donde se siente "el hijastro de la isla. El aislado",<sup>12</sup> por razones (parcialmente) ajenas a la

---

<sup>10</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, *Tal vez la lluvia*, Barcelona, DVD, 2009, p. 50.

<sup>11</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo*, s.l., Uno Tras Otro, 2008, p. 12.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 14.

experiencia migratoria. Incluso preferiría sufrir la suerte de un inmigrante ilegal perseguido, en vez de llevar una vida tranquila pero insatisfactoria, condenado a matar el tiempo redactando un absurdo manual para aprender a bailar lambada:

Ahora mismo preferiría la idea del escándalo, las sirenas frente al estacionamiento, los fotógrafos en la entrada del edificio, un diputado de derechas declarando que mi caso es una de las tantas muestras de la inmigración irresponsable. Eso o cualquier otra circunstancia diferente a esta calma del apartamento, a los llantos esporádicos del bebé, a la radio repitiendo la canción de la Lambada.<sup>13</sup>

El personaje menos nostálgico es, sin duda, el niño narrador de *Una tarde con campanas*, y eso a pesar de que en la vida cotidiana a menudo siente dolorosamente su otredad, manifiesta en el léxico diferente que usa, y materializada en su guante de béisbol, ese fetiche que le resulta inútil en España, donde casi nadie se interesa por este deporte que en Venezuela entusiasma a las masas. En su relato alternan episodios madrileños y recuerdos de “la otra ciudad donde vivíamos antes”,<sup>14</sup> “en mi país”,<sup>15</sup> a menudo sin que el lector sepa, al comenzar un capítulo, de cuál de los dos lugares se está hablando, lo que refuerza los nexos imaginarios entre las ciudades. En un ejercicio mnemotécnico y declamatorio, el niño recita de memoria los versos patrióticos que le hicieron aprender en la escuela, pero no logra pensar en Venezuela con la nostalgia que pretenden sentir los adultos, y el resultado es involuntariamente paródico, lo que hace desternillarse de risa a sus familiares:

Dicen que tienen nostalgia, que recuerdan aquello (así dicen siempre, aquello, para hablar de donde vivíamos antes), y que a pesar de todo somos de allá.

Yo esto lo entiendo menos que nada. ¿Somos de allá? ¿Qué quieren decir con eso? ¿Es bueno, es malo?

Pero lo que más me cuesta comprender es lo de la nostalgia que tanto repiten y que mi hermano tuvo que explicarme.

Allí siempre había moscas. Todo el año. Aquí sólo en verano, pero allá todo el tiempo. Moscas, moscas, moscas.

[...]

Yo odiaba las moscas.

Por eso no entiendo tanta nostalgia.

---

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 10.

<sup>14</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, *Una tarde con campanas*, Madrid, Alianza, 2004, p. 26.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 19.

Yo no quiero volver a la ciudad de las moscas.

Y una tarde mi papá me dio una cachetada cuando dije eso, y ni siquiera mi hermano Augusto intentó defenderme.<sup>16</sup>

Los venezolanos adultos que salen del país por razones políticas y económicas, a menudo no claramente diferenciables, ora se aferran a sus señas de identidad ora descubren con extrañeza que emigrantes de épocas anteriores conservan de Venezuela un recuerdo en que ellos apenas reconocen el país de donde vienen, como le pasa al protagonista de *El libro de Esther* al escuchar a un indiano español en Tenerife: "El país del que me habla me resulta como una fotografía desteñida, vista con rapidez, reconocida por referencias, por cuentos de barra".<sup>17</sup>

Méndez Guédez presta particular atención a los venezolanos que emigran al país de origen de sus padres o abuelos, con recuerdos de segunda mano, y a veces con una nacionalidad heredada que facilita el "regreso", y sobre todo con la ilusión de redescubrir allí sus presuntas raíces olvidadas, como un personaje del cuento "La reincidencia":

Cosenza despertaba en tu atención una ligera familiaridad: el pueblo del nono, las cartas ocasionales de algunas tías o primos. Pero de allí a creer que algo muy propio se instalaría en tu pensamiento a partir de aquel paisaje, de aquel idioma agudo, había una distancia considerable.<sup>18</sup>

Otro venezolano de ascendencia italiana, al estudiar el idioma de sus antepasados, descubre el dilema de la identidad postiza:

Al mismo tiempo mis estudios evolucionaban, el toscano iba sustituyendo con lentitud las rugosidades nasales que me instaló en la garganta el dialecto hablado por mis padres durante la niñez, lo que equivalía a ir haciendo un movimiento de proximidad hacia mis orígenes que al mismo tiempo parecía alejarme de ellos.<sup>19</sup>

La lengua es un importante valor identitario y al mismo tiempo una piedra de toque para evaluar el grado de transculturación. La figura del niño protagonista de *Una tarde con campanas* surgió un día que el autor observó en un autobús de Madrid a un niño de aspecto

---

<sup>16</sup> *Ibíd.*, pp. 55-56.

<sup>17</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, *El libro de Esther*, Madrid, Lengua de Trapo, 1999, p. 91.

<sup>18</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, *La ciudad de arena, op. cit.*, pp. 79-80.

<sup>19</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, "No más tecnopolinomios para Brasilia", en *La ciudad de arena, op. cit.*, p. 129.



latinoamericano que hablaba con un inconfundible acento madrileño, y que le hizo pensar en

los nuevos españoles que a un mismo tiempo son ecuatorianos, peruanos, hondureños, argentinos, venezolanos... y crecen en medio de una tensión sabrosísima y dramática: el pertenecer a dos universos, el vivir escindidos entre la realidad que se respira en su casa y en la calle.<sup>20</sup>

Aunque sabe que tal escisión no resulta libre de problemas, el mestizaje lingüístico es para Méndez Guédez un motivo para creer con optimismo en el futuro de la segunda generación de inmigrantes que crecen en ambientes pluriculturales y plurilingües:

Para mí el mestizaje es un proceso natural y cotidiano. Mi hija en este momento habla con una mezcla de palabras madrileñas, venezolanas, canarias y hasta alguna en italiano. A mi hija le costará mucho odiar a alguien porque pertenezca a un sitio distinto al de ella, porque es de muchos sitios.<sup>21</sup>

El habla mestiza de un personaje de *El libro de Esther* refleja su biculturalidad canaria y venezolana. Hendrina nació en Venezuela, pero llegó a Tenerife hace diez años cuando sus padres canarios regresaron a la isla:

Su hablar es una mezcla, un revoltijo en el que las señales de uno y otro sitio se unen a tal punto que siempre es posible confundir su origen. Los canarios reconocen de inmediato que es venezolana pero a mí me suena como una isleña.<sup>22</sup>

Confundir el origen, señalarlo o disimularlo, de manera deliberada o involuntaria, son las consecuencias contradictorias del habla del migrante. A José Luis, el niño narrador de *Una tarde con campanas*, le encantan los venezolanismos que constituyen una especie de código secreto entre él y su padre cuando éste le grita "¡chévere cambur!"<sup>23</sup> en la calle, pero también se ve presionado a adaptar su modo de hablar a las exigencias variables de su entorno: pues

---

<sup>20</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, entrevista a *El Impulso*, Barquisimeto, 2004, citada en la página web del autor: [http://www.mendezguedez.com/entrevista\\_impulso\\_2004.htm](http://www.mendezguedez.com/entrevista_impulso_2004.htm) (cons. 15-XII-2009).

<sup>21</sup> *Ibid.*

<sup>22</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, *El libro de Esther*, op. cit., p. 69.

<sup>23</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, *Una tarde con campanas*, op. cit., p. 39. Una traducción al español juvenil actual, propuesta por la niña Mariana, podría ser "tope guay".

mientras que la niña vecina se burla de los términos raros que usa, como *catira* por *rubia*<sup>24</sup> y *en chuco* por *a horcajadas*,<sup>25</sup> su padre, cuando con el alcohol le sube a la cabeza el patriotismo, censura los castellanismos que su hijo se ha acostumbrado a emplear en Madrid:

No digas coche, se dice carro.  
No digas sandía, se dice patilla.  
No digas gafas, se dice lentes.  
No digas polla, se dice güevo.  
No digas cortado, se dice marrón.  
No digas cacahuete, se dice maní.  
Carajo, que no digas, no digas, que no hables así, carajo.  
(Mi padre los domingos. Tercera cerveza.)<sup>26</sup>

En Venezuela, con palabras casi idénticas, su madre se esforzaba por impedir que repitiera los términos tabuizados con que su hermano se burlaba de los militares que gobernaban el país:

No digas milicos, se dice militares.  
No digas gorilita, se dice mi sargento.  
No digas loro mandante, se dice señor presidente.  
No digas nada de lo que dice tu hermano, no lo repitas, no digas nada que no venga en el libro que ellos leen al empezar la clase, mejor no digas nada, no digas, tú no digas.  
(Mamá los lunes antes de llevarme a la escuela. Primer café con leche. Allá en la otra ciudad).<sup>27</sup>

Así, el niño se ve zarandeado entre varias normas lingüísticas, obligado a exhibir su venezolanidad cuando quisiera asimilarse al habla madrileña y a disimular hacia fuera las ideas políticas que dominan dentro de la casa. Pero José Luis ya ha comprendido que hablar con acento venezolano puede acarrearle problemas en España, pues ha sido testigo de los intentos frustrados de su hermana Somaira de alquilar un piso: "Todo el mundo le colgaba cuando le oían el acento y ella se ponía furiosa, pataleaba".<sup>28</sup>

Conscientes de la discriminación que sufren los hispanoamericanos en España, la picardía de los protagonistas de *Árbol de luna* les hace concebir un negocio ingenioso: como muchas joyerías, por miedo a asaltos, no abren la puerta a inmigrantes,

---

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 61.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 135.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 85.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 153.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, p. 165.

contratan a dos hispanoamericanos de aspecto europeo que, fingiendo ser mudos, tienen acceso a las tiendas, provistas de una lista de compras y, comunicando con señas, compran las joyas y los relojes encargados por sus clientes. Este método funciona perfectamente hasta el día que uno de los dos, al enterarse del precio exorbitante de un reloj, se olvida de su papel de mudo y exclama "juepuuuuuta, qué cara esa vaina",<sup>29</sup> con lo que delata su extranjería y provoca el pánico entre el personal de la joyería, que lo toman por un temible sicario "sudaca". Con tales ejemplos, Méndez Guédez muestra los prejuicios xenófobos a que frecuentemente se ven expuestos en España los que la paternalista hipocresía castellana suele llamar "nuestros hermanos hispanoamericanos".

La narrativa migrante de Juan Carlos Méndez Guédez demuestra la posibilidad de una nueva literatura hispanoamericana que no se encierra en el ombliguismo que explora las señas de identidad locales, regionales o nacionales, ni tampoco opta por un internacionalismo a ultranza que sacrifica el arraigo en la cultura de origen para llegar al mayor número posible de lectores en todo el mundo. Centrada claramente en la vivencia de venezolanos dentro y fuera de su país, la literatura de Méndez Guédez concilia la diversidad cultural y la especificidad de las biografías individuales con la representatividad general de las historias narradas. Supera las fronteras entre los continentes, es hispanoamericana y europea, venezolana y española al mismo tiempo, es local en sus personajes, ambientes y escenarios, y global en su relativismo posmoderno y su apertura cosmopolita.



---

<sup>29</sup> Juan Carlos Méndez Guédez, *Árbol de luna*, Madrid, Lengua de Trapo, 2000, p. 226.